

minado por su mujer, hace lo que ésta le pide, pero no puede evitar que los descontentos promuevan molines y trastornos.

Por último, el tercer acto, desarróllase en la plaza de toros. Los partidarios de Don Baldomero preparan una manifestación de desagrado al Gobernador, que ha de verificarse durante la corrida.

Noticioso el Secretario del Gobierno des- hace los planes enemigos y consigue que el público haga una ovación al Gobernador.

Este es el asunto de *La Gobernadora*. Y para que nuestros lectores puedan formarse una idea de la fina labor del Sr. Benavente, reproducimos á continuación la escena más culminante del acto segundo de aquella obra:

## ESCENA VIII

JOSEFINA Y MANUEL

JOSEFINA.—Su futuro suegro...

MANUEL.—¿Con que futuro?...

JOSEF.—La niña está enamorada de usted, no le quepa á usted duda, me lo ha confesado, solo espera que sus padres...

ACTO II.—Don<sup>e</sup> Baldomero (SR. GONZÁLEZ) Y Manuel (SR. MORANO)

MAN.—Consientan..

JOSEF.—Al contrario, que se opongan. Ya la conoce usted.

MAN.—Sí; esa niña venga á toda Moraleda de la tiranía de su padre, pero él no se opondrá á la voluntad de su hija, es muy solapado para eso; se valdrá de otros medios, me obligará á marcharme de aquí.

JOSEF.—¿A usted?

MAN.—Estoy en sus manos. D. Baldomero me conoce. Si se tratara solo de luchar por mi cuenta, si fuera yo solo quien... Pero se trata de alguien más, de la persona más querida y, usted lo sabe, más respetada por mí...

JOSEF.—¿De mi marido?

MAN.—He dicho la más querida; si he dicho la más respetada es porque yo respeto lo que usted respeta.

JOSEF.—¿Se trata de mí? ¿Y D. Baldomero le ha hablado á usted de mí? ¿Y dice usted que por mí puede usted verse obligado á renunciar á su boda con Esperancita, á marcharse de aquí?

MAN.—A la boda, sabe usted que renuncio sin pena. Por consejo de usted empecé á tontear con Esperancita...

JOSEF.—Me suplicó ella que le animara á usted. Era un brillante porvenir para usted, y ella tampoco perdía nada. Entre usted y estos señoritos de Moraleda, que no saben salir del Casino, que no piensan ni se ocupan en nada serio, con más vicios que los de Madrid, digan lo que quieran... Además, yo había puesto empeño en hacer esa boda; nuestra buena amistad, al fin y al cabo, es amistad de hombre y mujer, siempre difícil.

MAN.—Pero deliciosa. Con todas las delicadezas del amor y sin temer, al contrario, deseando que concluya.

JOSEF.—¿Que concluya?

MAN.—Sí, porque ya sabe uno como puede concluir...

JOSEF.—(Enjada). No diga usted eso; si lo espera usted, si lo desea, no es usted mi amigo.

MAN.—Desearlo, no. El día que confió usted en mi lealtad y con lágrimas en los ojos me dijo: Estoy sola en el mundo, no tengo más que á mi marido y á un marido, por mucha confianza que inspire hay intimidades que no pueden confiarse... por ejemplo, lo que una piensa de él, de seguro le disgustaría.



ACTO II.—Josefina (SRA. PINO) Y Manuel (SR. MORANO)



LA GOBERNADORA.—ACTO II.—SRTAS. BREMÓN Y CATALÁ Y SRA. PINO

FOT. FRANZEN

+

ACTO III.—ESCENA FINAL DE *La Gobernadora*.

JOSEF.—¿Yo le dije á usted eso?

MAN.—En el fondo, en la forma variaba algo... Yo estrechaba sus manos de usted, mientras usted me decía: Sea usted mi amigo, mi verdadero amigo; y desde entonces, la confianza que usted me dispensó, sus confidencias, intimidades que eran solo de usted y mías... ¡Nuestras! Todo, lo que á otro que la hubiera querido á usted menos le hubiera dado osadía, á mí me obligaba al respeto, me sujetaba el corazón, pero me contentaba tanto al mismo tiempo, me parecía tan noble, tan digno de mí aquel sentimiento que, créalo usted, no cambiaría esta dulce amistad portodos los amores del mundo.

JOSEF.—Así me gusta. Es usted un hombre de honor. *(Cogiéndole una mano.)*

MAN.—*(Cogiéndole la otra.)* No podrá usted dudarle nunca. Todo, todo lo sacrifico por usted.

JOSEF.—No; eso no. Yo no puedo aceptar ese sacrificio. ¿Qué le ha dicho á usted D. Baldomero?

MAN.—¡Josefina! Si yo no me marcho de aquí, D. Baldomero hará que

ACTO III.—*Josefina* (SRA. PINO) y *Manuel* (SR. MORANO)

nos marchemos todos y en el ridículo más espantoso... Porque él no cede y yo le estorbo, le molesto... no sé si como pretendiente de su hija, ó como secretario del gobernador, es lo mismo.

JOSEF.—¿Pero cuenta usted con algo en Madrid?

MAN.—Con nada. De volver, renunciaré á todo... No sé lo que será de mí... He luchado tanto... Si, lo sé... Estos días ha vuelto á darme punzadas el corazón... es el aneurisma.

JOSEF.—¡No diga usted eso! ¿Por qué no se pone usted un sinapismo? ¡Eso no será nada! Yo también algunas veces siento así... Pero usted no puede marcharse, no se marchará usted. Se lo diré á Santiago.

MAN.—¿A D. Santiago!... ¿No sabe usted que D. Baldomero tiene en su poder una carta de usted?

JOSEF.—¿Una carta mía? ¿Qué carta?

MAN.—Una carta que usted me dirigió...

JOSEF.—Pero esa carta no tendrá nada de particular.

MAN.—Según lo que llamemos particular. ¿No recuerda usted? Usted necesitaba pagar unas

cuentas en Madrid sin que su marido supiera nada. Necesitaba usted con urgencia una cantidad. No había más que un medio... Reinoso exigía una garantía, porque no figurando D. Santiago para nada, él no tenía motivos para



SRTA. CATALÁ EN *La Gobernadora*.

fiarse de mí. Entonces convinimos en que usted me escribiría una carta, y esa carta...

JOSEF.—¿Pero esa carta salió de manos de usted?

MAN.—¡Usted me ofende! Creyó usted que yo era el que necesitaba recibo.

JOSEF.—¿Y por qué no me dijo usted que era preciso entregar la carta?

MAN.—Porque me dijo usted que si en veinticuatro horas no enviaba á usted á Madrid esa cantidad, tendría usted que separarse de su marido... por no oírle.

JOSEF.—¿Yo dije eso? ¿Pero no comprende usted que ahora estamos en manos de esa gentuza?

MAN.—¿Pero usted cree que esa gentuza saca de apuros por galantería?

JOSEF.—Todo eso debió usted decírmelo entónces... ¿Qué se hace ahora? Si mi marido ve esa carta.

MAN.—No la verá. Con marcharme yo...

JOSEF.—Eso cree usted. Esa carta traerá mucha cola, ya lo verá usted. ¡Si cuando nace una mujer debía una morirse! Y bien está que una se deje engañar, pero ustedes que conocen el mundo y saben con quién tratan...

MAN.—Ya lo creo; por eso yo le aseguro á usted que antes de marcharme de aquí tendrá usted esa carta, cueste lo que cueste. Yo no puedo consentir que usted sufra por mí.

JOSEF.—Ni yo tampoco que usted pierda su posición por culpa mía... Todo por tener un marido que no se hace cargo de nada. ¡Qué disgusto si se enterara! Créalo usted, más que si la carta le probase que yo le engañaba con cualquiera... Ya ve usted. Yo comprendo que no se haga nada que perjudique á nadie, que cause daño... por ejemplo, yo no faltaría á mi marido por nada en el mundo... pero que jueguen ó que dejen de jugar y que paguen el capricho si juegan á gusto... ¿Qué mal hay en esto? Pero no; la moralidad, el decoro... ¿Cree usted que con el triste sueldo de gobernador se puede vivir con decoro? Pero son ustedes así; lo mismo que usted. Ya se le podía haber ocurrido algo... Pero no; lo más simple, lo que se le ocurre á cualquiera. Me marchó, usted se queda aquí, sola, entregada á esos bribones que sabe Dios cómo tratarán de explotar el secreto... Y, además, como si una no tuviera corazón, como si solo me importara lo que á mí se refiere, como si usted por su parte no significara nada para mí... ¡No quisiera más que llevar pantalones para que viera usted de lo que yo era capaz!

MAN.—Ya lo sé, Josefina... Y si usted se atreviera, si yo contara con usted.

JOSEF.—¿Qué?

MAN.—Daría la batalla, pero en grande. Sabría Don Baldomero quién era yo, levantaría contra él á todos sus oprimidos, á todos los que le ódian y cuando él quisiera echarnos de aquí, la opinión popular estaría de nuestra parte. ¡Ah! Si usted creyera en mí, si usted fuera capaz de despreciar á esa gente que tanto significa para usted...

JOSEF.—¿Qué puedo yo hacer?

MAN.—Todo lo que sea atacarles en su terreno. En primer lugar, decir á D. Santiago que permita la representación de *Obscurantismo*, que asista á ella, asistir usted...

JOSEF.—¿Yo? ¡Qué disparate!

MAN.—Sí, se malquistaría usted con los suyos... ¡Los suyos! Estaban con usted cuando vivía usted en Madrid humildemente... cuando para nada necesitaban de usted y podía usted necesitarlos.

JOSEF.—Tiene usted razón.

MAN.—En cambio, ¡qué triunfo popular! ¡Si usted viera á la gente agolpada para comprar billetes en el teatro! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué anhelo de protesta... ¿Cómo puede aprovecharse todo eso? Pero cuando llegue la orden de suspensión y vean en ello la influencia de los elementos reaccionarios en usted y con su marido... No lo dude usted, es de temer un grave conflicto que acaso le obliguen á dimitir á D. Santiago y en condiciones desairadas con el Gobierno y con la población... En cambio, suponga usted que por significarse en sentido liberal, son los elementos reaccionarios los que le obligan á saltar de aquí... el pueblo, la gran masa estará de su parte, le aclamarán como campeón de las libertades públicas, y el Gobierno... el Gobierno está muy quebrantado, en inminente crisis que ha de resolverse con predominio de los elementos liberales del Ministerio y entónces no ten-

drán más remedio que apoyar á D. Santiago, ascenderle quizás á un Gobierno de primera.. Esto es evidente, es alta política. Hay que mirar al horizonte, tener grandeza de alma, y no creer que lo más importante es lo que está más cerca solo porque está cerca. ¿No lo ve usted así?

JOSEF.—Yo no veo nada, la verdad; todo eso puede ser. . usted lo dice... Pero si hubiera crisis...

MAN.—Es indudable

JOSEF.—¿Usted en qué se funda para creerlo?

MAN.—El país está perturbado, hay desórdenes en varias provincias; habrá que suspender las garantías constitucionales y para suprimir libertades, ya sabe usted que un Gobierno liberal es el más indicado, siempre inspira más confianza. Además, estamos en otoño; hay épocas en el año peligrosas para todo Gobierno, la del veraneo y la del alfombrado con los cambios de ropa consiguiente. Miles de familias en la oposición que desean tomar baños en verano, y otras tantas casas que necesitan alfombra al entrar el invierno, son una fuerza que solo necesita un pretexto para derribar á cualquier Gobierno. Créame usted, por instinto de conservación, D. Santiago debe hacer alardes de liberalismo y el primero, permitir la representación de *Obscurantismo*, contra lo que ustedes le han aconsejado.

JOSEF.—¿Pero no comprende usted que si yo le digo ahora eso, dirá con razón que estoy loca?

MAN.—¿Por qué?

JOSEF.—Porque no hace media hora le amenacé con marcharme á Madrid si la permitía.

MAN.—En media hora ha podido usted ver las cosas de otra manera, las ha visto usted. Antes le aconsejó usted por egoísmo, ahora le aconseja usted con mayor amplitud de miras.

JOSEF.—¿Y cómo le digo todo lo contrario de lo que acabo de decirle para convencerle?

MAN.—Antes le convenció usted llevándole la contraria, ahora le será á usted más fácil.

JOSEF.—Si usted no sabe lo que le he dicho, sí... Además, no creo que resolvamos nada. Ahora dirá la gente lo que ya dice la marquesa, en casa de Doña O lo he dicho; que si mi marido había permitido que se anunciara la obra, es porque el empresario de la compañía es hermano de usted y usted lleva parte en el negocio, y por eso usted había influido conmigo y yo con mi marido... ¡Buena es esta gente! ¡Ya ve usted lo que inventan!

MAN.—No; lo saben todo y es verdad: menos que yo esperase encontrarme aquí con mi hermano; pero es mi hermano, sí; que ha corrido el mundo, como yo la vida, luchando por ella, él con sus empresas, entre comediantes; yo, con las mías, entre comediantes también; para él, como para mí, la mejor comedia es la que da para vivir, allá el que la escribió con sus ideas. No me pesa haberle encontrado, ha venido á recordarme á tiempo, que como él, mi hermano, deben ser los míos; los que han luchado por la vida un día y otro, los que no pudimos gozar nunca el lujo de acordar nuestros actos con nuestra conciencia, los desheredados, los oprimidos... Y ahora, porque lleve esta librea burguesa, sería yo traidor y cobarde si no estuviera á su lado, contra esa sociedad de *tartufos* que quieren hacernos creer que defienden ideas, cuando defienden intereses. Libertad ó Religión ó Pátria... Esas son las palabras grandes que les sirven de trinchera ó de barricada para defender su interés egoísta; una posición social, un sueldo, hasta un negocio de timba, como D. Baldomero. Yo, por lo menos, no engaño, ludo por la vida, defendiendo á los míos. Ya lo sabe usted. Ahora, elija usted; usted que es mujer de corazón, que ha sufrido y luchado en la vida, podrá usted saber también, cuáles son los suyos, nosotros... ó éstos.

JOSEF.—Si tiene usted razón, si eso mismo es lo que yo siento, si no debemos consentir que esa gente se nos impongan, si debemos darles una lección... Lo que no veo es cómo convengo yo otra vez á mi marido...



SRTA. BREMÓN EN *La Gobernadora*.

FOTOGRAFÍAS DE AMADOR Y FRANZEN

MAN.—Aquí le tiene usted... Yo estoy á su lado.

JOSEF.—Va á decir que estoy loca, como si lo oyera, loca de remate.





CORO DE CIGARRERAS DEL SAINETE *Jilguero Chico*

## JILGUERO CHICO

SAINETE LÍRICO ORIGINAL DE DON ADOLFO LUNA, MÚSICA DE LOS MAESTROS CALLEJA Y LLEÓ

ASI todos los autores que surten de obras á la compañía que actúa en el Teatro Cómico, escriben siempre sus producciones ajustándolas á un patrón, á un molde... El talento de Loreto Prado, tan vario y múltiple, adáptase fácilmente á todo género de obras y á la interpretación de los más opuestos caracteres... Esto lo saben los autores, y por eso cuando escriben una producción para la genial artista madrileña, están seguros del éxito que ha de alcanzar.

Ocurre con frecuencia que obras que Loreto Prado estrena y son extraordinariamente aplaudidas por el público, no encuentran luego la misma favorable acogida cuando otras actrices se encargan de su interpretación, y esta es la demostración más elocuente del mérito de Loreto.

Es enorme el número de obras puestas en escena por Loreto Prado y que solo ella represen-



*Jilguero* (SRTA. PRADO) y *Lola* (SRTA. MILIAN)

ta; obras que si no las hiciese la genial actriz no producirían rendimiento alguno á sus autores y en las cuales se hace siempre aplaudir por el público que la admira.

Porque es indudable que Loreto Prado es una de las artistas que más público y más simpatías tienen. Teatro donde ella trabaja está siempre concurrido durante toda la temporada, y solo á fuerza de laboriosidad ha conseguido este feliz resultado.

Se comprende la predilección que por la inimitable artista sienten todos los autores, pues ella sola es la mejor garantía de éxito en cualquier producción por mediocre que sea.

Don Adolfo Luna, ilustrado escritor y muy apreciable poeta, es el autor del sainete *Jilguero Chico* estrenado en el Teatro Cómico. El asunto de la nueva producción del Sr. Luna es en extremo sencillo.



CUADRO I.—*Jilguero Chico* (SRTA. PRADO); *Mozo de estoques* (SR. CHICOTE)

FOT. FRANZEN